AL CALOR DE LAS PALABRAS

Ilustrando la memoria de la Sierra del Rincón



Este proyecto ha recibido una subvención de la Consejería de Cultura, Turismo y Deporte de la Comunidad de Madrid.

Comunidad de Madrid

CC BY NC SA

Una idea de Asociación Redes de Educación Patrimonio y Cultura.
Textos: Asociación Redes de Educación Patrimonio y Cultura.
Diseño gráfico y maquetación: Asociación Redes de Educación Patrimonio y Cultura.
Ilustraciones: Alumnas y alumnos del CEIP Ángel Gómez de Andrés, Colectivo artístico La Veta y Asociación Redes de Educación Patrimonio y Cultura.



Comunidad de Madrid

Este proyecto ha recibido una subvención de la Consejería de Cultura, Turismo y Deporte de la Comunidad de Madrid.

INTRODUCCIÓN

Al calor de las palabras. Ilustrando la Memoria de la Sierra del Rincón es una publicación construida a partir de los testimonios, recuerdos y relatos de las personas mayores de los pueblos que integran este territorio: Madarcos, Prádena del Rincón, Horcajuelo de la Sierra, La Hiruela, Montejo de la Sierra y Puebla de la Sierra. Sus páginas reúnen estas voces con las ilustraciones realizadas por las niñas y los niños del CEIP Ángel Gómez de Andrés, de Montejo de la Sierra, algunas de ellas creadas en colaboración con el colectivo La Veta, en el que confluyen artistas vinculados al territorio.

Los contenidos de este álbum ilustrado tienen como protagonistas los recuerdos de infancia y juventud de las personas mayores, así como las canciones, adivinanzas y trabalenguas que acompañaban sus juegos. También recoge cuentos, leyendas y romances que escuchaban de boca de sus mayores, sentados junto al fuego de la cocina durante las largas noches de invierno o mientras los acompañaban a por leña, a la siega o en la matanza.

Este álbum, al igual que las experiencias que lo han hecho posible —desde la recogida de recuerdos y relatos hasta los talleres de ilustración—, es una iniciativa de la Asociación Redes de Educación, Patrimonio y Cultura, financiada por la Consejería de Cultura, Turismo y Deporte de la Comunidad de Madrid.

Nada de esto habría sido posible sin la participación de las personas mayores que compartieron sus recuerdos, de los ayuntamientos que apoyaron el proyecto y de la comunidad educativa que lo hizo suyo. A todas ellas, gracias por contribuir a mantener viva la memoria de este territorio y por seguir siendo guardianas y guardianes de un patrimonio cultural que merece ser escuchado, contado y compartido.

ASÍ CRECIMOS

Recuerdos de infancia y juventud.

Era costumbre que, al poco de nacer, llevaran a los bebés a bautizar a la iglesia; allí, sobre la pila bautismal, el cura echaba el agua bendita en la cabeza de la criatura mientras decía unas oraciones y la madrina y el padrino sacaban al niño o la niña de pila.

Cuando salían de la iglesia, los padrinos tiraban caramelos para que las niñas y los niños del pueblo los recogieran, mientras estos bromeaban y coreaban:

«Bautizo cagao,
que a mí no me han dao;
si cojo al chiquillo,
lo tiro a un tejao.»

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Madarcos.
Ilustrado por Tomás (alumno del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).



Las niñas y los niños se entretenían con juegos sencillos que no requerían más que imaginación y algún elemento fácil de encontrar en el entorno.

Fabricaban sus propias muñecas: utilizaban una agalla como cabeza, a la que pintaban ojos y boca, y un palo envuelto en un trapo hacía las veces de cuerpo. Las agallas también servían como canicas para jugar al gua: hacían un pequeño hoyo en la tierra e intentaban introducir en él la agalla, empujándola con los dedos.

Cuando nevaba, cogían unos sacos y, sentados sobre ellos, se lanzaban cuesta abajo desde la iglesia. También se reunían en algún portal para jugar a las cartas, al tute o a la brisca; y en el corralón era frecuente verlos jugar a la pelota.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Horcajuelo de la Sierra.
Ilustrado por Maxi (alumno del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).


LOS
JUEGOS
ANTIGUOS

En la mayoría de las casas tenían cerdos; en el invierno los sacrificaban y aprovechaban su carne para elaborar con ella chorizos, morcillas y jamones que servían de alimento durante todo el año. Las vecinas y vecinos que tenían algún cerdo se organizaban por turnos en lo que llamaban «la porcá», y cada día alguien los llevaba al campo.

Por la mañana llamaban con un cuerno para que cada cual llevase los cerdos al corral de concejo; podían llegar a juntarse en torno a sesenta cerdos. Una vez en el corral de concejo, a quien le tocara de porquero se iba con ellos en dirección a La Puebla, hasta un riachuelo donde los cerdos se revolcaban. Cuando anochecía regresaban al pueblo y cada cerdo se iba hasta su casa, donde sus dueños los esperaban para guardarlos en las cortes.

Era frecuente que niñas y niños, a partir de los ocho años, fueran de porqueros. Miguel recuerda que, siendo niño, cuando iba con «la porcá», mientras los cerdos estaban en el arroyo se entretenía cogiendo ranas.

Texto elaborado a partir de testimonios recogidos en Prádena del Rincón.
Ilustrado por Alex (alumno del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).



Nieves perdió a su padre durante la Guerra Civil y su madre tenía que ir a diario con las ovejas al campo, de modo que, aunque era una niña, tenía que hacerse cargo de sus hermanos, ir a por agua a La Panza, ir a lavar la ropa al río, preparar la comida y la cena…

Recuerda que ponía las patatas en el puchero, el puchero sobre la lumbre, y salía a la calle a jugar a las «esconderitas». Jugaba con otras niñas y niños en unos soportales al lado de la iglesia y, cada cierto tiempo, volvía a casa a revisar las patatas y añadirles agua, porque muchas veces se habían quedado secas. Cuando se acercaba la hora en la que su madre regresaba, iba para casa y se quedaba allí pendiente del guiso.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Madarcos.
Ilustrado por Moha y Darío (alumnos del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).





Juana recuerda que su abuela le mandaba con un pequeño cesto de mimbre lleno de huevos a casa de Manola para cambiarlos por medio metro de pana. Antes de salir la abuela le advertía: «Fíjate bien cuando lo mida». A lo que ella le respondía: «Sí, señora, me fijaré bien». Decían que algunos tenderos sisaban todo lo que podían, así que convenía estar muy pendiente.

Con la pana, su abuela le echaba piezas a los pantalones de su tío cuando tenían un roto porque se habían enganchado con algo o pasado. A veces el pantalón terminaba siendo de tres colores distintos. Entonces la ropa se aprovechaba al máximo: se echaban piezas a las sábanas, se cogían los puntos a los calcetines y a las medias… Nada se tiraba mientras pudiera seguir sirviendo.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Montejo de la Sierra.
Ilustrado por Oli (alumna del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).


pana
hue
vos

Algunas cosas sucedían solo la noche de Todos los Santos:

Unos cuantos hombres del pueblo salían por la noche vestidos con una especie de camisón o camisa larga blanca; cada uno de ellos llevaba una vara. Iban armando jarana, asustando a la gente y golpeando con la vara a quien se encontraban. Los llamaban «los encamisados» y cuenta Anastasio que se decía que eran los Santos que andaban sueltos. Miguel Ángel recuerda que, cuando era niño, junto con sus amigos se escondía, incluso entre la nieve, de «los encamisados», haciendo sonar un cencerro para tratar de llamar su atención.

Durante toda la noche sonaban las tres campanas de la iglesia; el toque era lento: golpeaban una campana, luego otra y luego otra; tocaban a muerto. Anastasio se encargó de tocarlas en una ocasión, cuando era monaguillo.

Por el pueblo se podían encontrar calabazas vaciadas, en cuya cáscara habían hecho cortes en forma de ojos y boca, tratando de simular calaveras, y dentro de ellas había velas. Eran los mozos quienes se encargaban de coger las calabazas de los huertos, prepararlas y colocarlas por las calles.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Prádena del Rincón.
Ilustrado por Marian (alumna del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).



A lo largo del año alimentaban a los cerdos con salvado, ortigas, gamones, patatas cocidas y alamizas. Estas últimas las recogían ayudándose de una garrota: con ella bajaban las ramas y, una vez a su alcance, cogían las hojas y las echaban en una cesta.

A finales del otoño o comienzos del invierno, cuando los días eran cortos y el frío ya apretaba, llegaba el tiempo de la matanza. Eran jornadas de muchísimo trabajo, pero también tenían algo de celebración, pues reunían a la familia y a los vecinos.

Encarna recuerda que, durante la matanza, a las niñas y los niños solían gastarles una broma: los mandaban a otra casa —donde también estuvieran matando— a pedir el "molde". Allí les entregaban un saco muy pesado que, supuestamente, era el molde, pero que en realidad estaba lleno de piedras.

Una vez hecha la matanza, los más pequeños tenían otra tarea importante. Debían llevar a determinadas casas —de familiares, allegados o personas con menos recursos, como viudas— un pequeño presente: un trozo de hígado, un poco de tocino, una morcilla y caldo de cocer las morcillas. Con ese caldo se preparaban sopas, añadiéndoles pan. En Prádena, a este reparto lo llamaban "el recao".

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Montejo de la Sierra (En relación a vivencias en Montejo de la Sierra y Prádena del Rincón).
Ilustrado por Ainara (alumna del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).


LA MATANZA

Cuando Anastasio era niño acompañaba a su padre a hacer carbón. Usando hachas cortaban leña; después apilaban los troncos en una especie de cono y los tapaban con barro y tierra, dejando un agujero al que llamaban bufarda. Prendían fuego a la madera; esta se iba quemando de manera controlada durante días y, cuando querían que el fuego se apagase, cerraban la bufarda. Finalmente, después de todo este proceso, la madera se había transformado en carbón.

También hacían cisco, una especie de carbón más fino que resultaba de quemar las ramas pequeñas de brezo y apagarlas en un punto con agua.

Cuando tenían listo el carbón lo vendían a un hombre de Montejo al que llamaban Zapatero. Este se dedicaba, a su vez, a venderlo a una carbonería de Tetuán, desde la que suministraban carbón a la ciudad de Madrid, donde por aquel entonces (primera mitad del s. XX) el carbón era empleado para las cocinas o las calefacciones.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Prádena del Rincón.
Ilustrado por Ayla (alumna del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).


Prádeha del Rincón
Hermana pequeña
Ma Ma
Papá
Anastasio
Perro

«Juguetes no había más que los que te hacías tú misma», recuerda Trini.

Con retales de tela cosidos con forma de cuerpo y rellenos de serrín o salvado fabricaban muñecas. Las calabazas que sembraban para alimentar a los cerdos se transformaban en burros cuando aún eran pequeñas: les clavaban unos palitos a modo de patas y ya estaban listas para jugar. También moldeaban el barro o utilizaban las agallas de los robles para hacer pequeños cacharros de cocina. Con flores cosidas confeccionaban todo tipo de abalorios: collares, pulseras, anillos y otros adornos.

Muchos juegos iban acompañados de canciones. Mientras saltaban a la cuerda entonaban Al cocherito leré, Al pasar la barca o Pan, vino, jamón y tocino. También cantaban jugando al corro, al de la patata o al de las jardineras. Las voces y las risas de niñas y niños recorrían entonces las calles del pueblo.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Puebla de la Sierra.
Ilustrado por Lupe (alumna del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés) y Gabriel (Colectivo La Veta).


Y SU CaNESÚ
ME DIJO ANOCHE
ES PARTICULAR
TELA CATOLA
LERÉ

Cuando María Victoria salía de la escuela se iba a trabajar a una tienda situada en la Plaza de la Fuente, regentada por dos hermanas. Allí ayudaba en lo que hiciera falta y, algunos días, le tocaba fregar de rodillas los tablones negros del suelo. Como compensación por aquel esfuerzo extra, las hermanas le daban pan con chocolate.

Pero el chocolate lo «roñaban» los ratones y una de las hermanas, cogía la tableta de chocolate, se volvía de espaldas y con un cuchillo raspaba la parte mordisqueada. Mientras la veía hacerlo, María Victoria pensaba para sus adentros: «Casi mejor déjalo como está… no raspes tanto, que al final me va a tocar muy poco».

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Montejo de la Sierra.
Ilustrado por Paola (alumna del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).


COLE

Tomasa se crió en Gandullas; allí su padre tenía algunas vacas mestizas (que no eran ni suizas ni del terreno). A los once años empezó a ordeñarlas. Las ordeñaba a mano por la mañana y por la tarde; se ponía el cubo entre las piernas y lo llenaba hasta arriba.

Cuando era pequeña iba andando hasta Piñuécar para llevar la leche, porque el camión que la recogía no llegaba hasta Gandullas. Para que pudiera llevarla más cómodamente, su madre le hizo una mochila de un saco, donde metía primero una garrafa de cristal, de las que se usaban para el vino, y después una cantarita de doce litros.

Después pasaron a tener vacas suizas y el camión llegaba hasta el mismo Gandullas. Cuando se casó se fue a vivir a Madarcos y allí también tuvo vacas que ordeñaba. A diario llevaba la leche hasta el camión, que se apostaba en la plaza, en cántaras de cuarenta litros que al principio transportaban entre dos y, más tarde, con un carrito.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Madarcos.
Ilustrado por Aicha (alumna del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).


TOMASA

Marcelo recuerda que, durante muchos recreos, los castigaban dejándolos encerrados en la escuela. Pero aquello no los detenía: se escapaban y ya no regresaban a clase en todo el día. Se marchaban al campo a buscar nidos, trepaban a los árboles o se quitaban los jerséis y los extendían sobre los zarzales para poder atravesarlos sin arañarse. Así llegaban hasta los nidos de urraca, cogían los huevos y se los comían crudos, como parte de la aventura.

Entre risas cuentan cómo se subían a los perales y cerezos para recoger la fruta. Celia recuerda que su hermana mayor trepaba hasta lo alto del cerezo, se llenaba la manga del jersey de cerezas y, al bajar, las repartía entre sus hermanas y amigas.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Horcajuelo de la Sierra.
Ilustrado por Aya (alumna del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).



El día de San Miguel, 29 de septiembre, se celebraba en Montejo de la Sierra una importante feria de ganado. La ribera del río, en la parte baja del pueblo, se llenaba de animales: vacas, cabras, caballos, burros y ovejas. «Había de todo menos gallinas —recuerda Juana—. Yo nunca he visto allí aves de corral; del resto de los animales, sí».

A la feria acudían no solo vecinos y vecinas del pueblo, sino también tratantes y ganaderos de localidades cercanas como El Cardoso de la Sierra, Puebla de la Sierra y La Hiruela, entre otros. Aquella jornada convertía el lugar en un hervidero de gente y ganado.

Juana lo recuerda bien porque vivía con su abuela en una casa situada a las afueras, junto a un pequeño pilón. Hasta allí se acercaban muchos tratantes para que sus animales bebieran agua y dejaban las caballerías atadas en los alrededores. En ocasiones, la cantidad de reses era tal que apenas podían salir de casa.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Montejo de la Sierra.
Ilustrado por Aila (alumna del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés) y Viki (Colectivo La Veta).


feria
de
G
A
N
A
D
O

Cuando llegaba la hora del recreo, María Victoria no jugaba como la mayoría de las niñas y los niños. En lugar de eso, iba a la fuente de los Tres Caños a por agua y la llevaba a casa del secretario, que vivía sobre el ayuntamiento.

Por las tardes, al salir de la escuela, se iba a trabajar a la tienda que regentaban dos hermanas. Allí hacía de todo: pesaba los productos que compraban los clientes —galletas, bacalao y otros comestibles—, cobraba, limpiaba la tienda y fregaba los cacharros, además de encargarse de la ocina de la vivienda de las propietarias.

Cuando terminaba en la tienda, aún iba a casa del señor cura para llevarle agua y fregarle los platos.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Montejo de la Sierra.
Ilustrado por Saúl (alumno del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).



El día de Navidad, las niñas y los niños salían en cuadrillas a recorrer el pueblo. Iban de casa en casa cantando y tocando villancicos, pidiendo en cada puerta el aguinaldo.

María Victoria recuerda que aquel día comían más temprano para poder salir cuanto antes, pues a las primeras cuadrillas solían darles cosas más abundantes y mejores que a las últimas. Ella iba con cuatro o cinco amigas; llevaban panderetas cuya piel embadurnaban previamente con manteca para que los dedos se escurrieran mejor, y entonaban sus canciones con entusiasmo. De uno de aquellos villancicos aún conserva una estrofa en la memoria:

«Ya baja la vieja
con el aguinaldo,
le parece mucho
y lo va quitando».

En las casas les daban manzanas, castañas, higos y, en ocasiones, naranjas. Estas últimas eran todo un manjar, poco frecuente entonces; si conseguían alguna, la guardaban como postre para compartirla en la comida familiar. Por aquellos años —recuerda— no había turrones ni otros dulces navideños como los de ahora.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Montejo de la Sierra.
Ilustrado por Adahy (alumno del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).



«Hasta los años sesenta nevaba muchísimo», recuerda Trini.

Durante el invierno se formaban grandes esbarauzos en la plaza y en la calle de la Fuente. Así llamaban a las placas de hielo sobre las que niñas y niños pasaban horas jugando y esbaruzando. Con un pie delante y otro detrás, se deslizaban sobre el hielo intentando mantener el equilibrio. No siempre lo conseguían y más de uno acababa en el suelo entre risas y golpes sin importancia.

Las caídas eran tan frecuentes que todavía recuerdan la de una mujer que regresaba de la fuente con un cántaro apoyado en la cadera. Al pisar el hielo resbaló y cayó al suelo junto con el cántaro, que se hizo añicos. La escena quedó grabada en la memoria de quienes la vieron y pasó a formar parte de las historias que aún hoy se cuentan en el pueblo.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Puebla de la Sierra.
Ilustrado por Najwa (alumna del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés) y Paloma (Colectivo La Veta).


en el esbarralizo,
cuidao con las albarcas,
que se te gastan
y
si no las llevas...
...pues te caes.

«Trabajábamos para nuestra casa, para poder comer», recuerda Encarna.

Mientras su hermana mayor se ocupaba sobre todo de las tareas domésticas —como bajar a lavar la ropa al río, a las grandes pilas con lavaderos de piedra que habían hecho junto a la reguera—, Encarna pasaba la mayor parte del tiempo en el campo, ayudando a su padre.

Desde muy joven cuidaba de las ovejas y de las vacas. Por la mañana llevaba a las vacas al prado y, al atardecer, volvía a por él para encerrarlo en casa. También escardaba en los sembrados de trigo, segaba, trillaba y rastrillaba la hierba para después cargarla en el carro. A menudo acompañaba a su padre, subidos al carro tirado por las vacas, para recoger leña en el monte o traer la hierba y la mies.

Así transcurrían sus días, entre faenas duras y largas jornadas al aire libre que sin embargo dejaban tiempo también para el juego y la diversión compartida.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Montejo de la Sierra (En relación a vivencias en Prádena del Rincón).
Ilustrado por Óliver (alumno del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés) y Marian (Colectivo La Veta).



Cuando llegaba el día de la Feria, acudía a Montejo de la Sierra un hombre de la zona de Torrelaguna para vender uvas. El padre de María Victoria siempre compraba unos racimos y, para ella, aquellas uvas eran un auténtico manjar que apenas probaba una vez al año.

Pocos días después tenía lugar la fiesta del Rosario, que se celebraba el primer fin de semana de octubre. Entonces, María Victoria y otros niños y niñas del pueblo recorrían ilusionados los nogales para recoger todas las nueces que podían. Sabían que, con motivo de la fiesta, llegaba un matrimonio mayor con un puesto de frutos secos y chucherías. Cambiaban diez nueces por una bola de caramelo.

Aquellas bolas eran de colores —verdes, rojas, amarillas, azules—, dulces y con chicle en su interior. Conseguir una era motivo de verdadera alegría.

¡Qué ilusión las uvas! ¡Qué ilusión las bolas de colores! ¡Qué ilusión estrenar una falda, un vestido o unos zapatos! «¿Y ahora qué?», reflexiona María Victoria.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Montejo de la Sierra.
Ilustrado por Javi (alumno del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).



Cuando nació Balta, su familia ya era propietaria del molino. Su abuela Fausta había adquirido los dos molinos situados a orillas del río Madarquillos y, con el tiempo, entregó uno a cada uno de sus hijos.

A los doce años, Balta empezó a ayudar a su padre, Mariano, en las faenas del molino. Una de sus responsabilidades consistía en recorrer los pueblos cercanos —Piñuecar, Gandullas y Aoslos— y, en ocasiones, otros más lejanos como Braojos. Al llegar, buscaba a quienes necesitaban moler el grano, cargaba los sacos sobre los burros y los transportaba hasta el molino. Allí, tras la molienda, volvía a llenar los sacos con la harina y los llevaba de regreso, siempre a lomos de los animales, hasta las casas de sus dueños.

Chaparro, Platero, Gitano y Noble eran los fieles burros que lo acompañaban cada día por aquellos caminos.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Madarcos.
Ilustrado por Hugo (alumno del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).


T

Rufino tenía doce años cuando empezó a trabajar como pastor de ovejas. Desde primeros de abril hasta el 31 de octubre dormía en el campo, siempre junto al rebaño. «Ya podían caer rayos, truenos o granizo, que dormías donde estuvieran las ovejas, igual que los perros», recuerda.

En la mayoría de las fincas donde debía pasar la noche o permanecer largas temporadas, lo primero que hacía, junto con otros pastores, era levantar un chozo. Construían una cabaña de unos dos metros de largo por uno ochenta de ancho, con piedra seca, encajando piedra sobre piedra. Para el tejado colocaban alguna viga de madera y, sobre ella, lanchas de piedra; encima extendían hojas secas de roble y las cubrían con tierra. Así, asegura, «no se calaba en la vida».

Rufino también cuenta que se fabricaba una cama para no dormir directamente en el suelo. Clavaba un par de estacas en la pared, las atravesaba con un palo largo y lo cruzaba con cuerdas; sobre aquella estructura colocaba un costal relleno de paja y así podía descansar en alto, aislado del suelo.

Recuerda especialmente la choza del Rajo del Caño, diminuta, de apenas cuatro metros cuadrados, donde llegaron a dormir hasta nueve personas con la lumbre encendida. «Si estabas tumbado no te daba el humo, pero de pie sí… se formaba una humareda tremenda». La llamaban, bromeando, la casa de la Josefa.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Horcajuelo de la Sierra.
Ilustrado por Inés (alumna del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).



Encarna tenía unos trece años cuando su hermano se marchó a la mili y ella tuvo que hacerse cargo del rebaño de ovejas. Recuerda que se levantaba a las cuatro de la madrugada para ir a buscarlas al sextil. Durante un trecho del camino coincidía con otras pastoras y pastores, pero después cada cual seguía su rumbo. A ella le tocaba dirigirse a parajes apartados, donde no hubiera nadie, como le gustaba a su padre.

Las jornadas eran largas y solitarias. Para entretenerse mientras vigilaba el rebaño, hacía labor: tejía jerseys y bordaba. Entre otras cosas, bordó el embozo de unas sábanas destinadas al ajuar de su hermana mayor. Así, entre puntada y puntada, se le iban pasando las horas del pastoreo.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Montejo de la Sierra (En relación a vivencias en Prádena del Rincón).
Ilustrado por Lara (alumna del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).


CUIDAR

Cuando Rufino iba de pastor se entretenía leyendo; «leía todo lo que cogía, porque entonces no había radio ni nada», dice.

Recuerda que sus primos de Madrid le mandaban de vez en cuando una cesta en el coche de línea que llegaba hasta Montejo, con novelas de Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía o cómics de Capitán Trueno. Alguna vez incluso le llegaba el periódico La Riva.

No fue a la escuela, pero aprendió a leer con la Dominga, familiar de su madre que le daba clases por las noches en su casa. Entre noviembre y abril, cuando llegaba de pastor y acababa el trabajo en los pajares, se iba a casa de la Dominga con sus libros y ella le iba enseñando a sumar, restar, multiplicar, hacer quebrados y leer.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Horcajuelo de la Sierra.
Ilustrado por Lola (alumna del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).



Encarna recuerda que en su casa había muchos árboles frutales, y entre ellos abundaban los peros. Cuando comenzaba el otoño, ella y sus hermanas y hermanos ayudaban en la recolección; a veces incluso tenían que subirse a los árboles para alcanzar los frutos más altos. Los transportaban en cestas hasta casa, procurando no golpearlos para que no se estropearan.

Una vez allí, los subían a la cámara y los colocaban uno a uno, bien ordenados, formando montones. Así se conservaban en buen estado durante meses. De hecho, el Lunes de Pascua, después de Semana Santa, cuando celebraban el Hornazo, nunca faltaban los peros en la merienda.

Cuentan también que en ocasiones los preparaban fritos. María Victoria explica una receta típica de La Hiruela: se les quita el corazón a los peros y se cortan en rodajas; después se rebozan en harina y huevo y se fríen. Una vez dorados, se coloca sobre cada rodaja una rodaja de naranja y, a veces, se espolvorea un poco de azúcar por encima.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Montejo de la Sierra (En relación a vivencias en Montejo de la Sierra y Prádena del Rincón).
Ilustrado por Inés (alumna del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés) y Eva (Colectivo La Veta).


pero
pero
pero
pero
pero

Una noche, mientras Rufino dormía con las ovejas en el campo, estalló una tormenta eléctrica. No caía agua, pero los rayos rasgaban el cielo. Salió corriendo a refugiarse en el tinado de Pablo; al haberse atado mal las abarcas, se le cayeron por el camino.

Ya dentro del tinado oyó que alguien pedía auxilio desde lo alto del cerro. Era el Polo. Rufino salió de nuevo a toda prisa, descalzo, cuesta arriba, sobre un suelo cubierto de guijarros, atravesando el prao la Maisa y el Canto Blanco hasta llegar al alto el Maillo.

Un rayo había matado a un centenar de ovejas y a cuatro cabras. El Polo estaba tendido en una zanja; creían que estaba muerto. Pedro y Candidillo ya se encontraban allí, intentando recoger las pocas ovejas que aún quedaban vivas. Entonces llamaron a una yegua negra, muy mansa, por si andaba cerca y ésta acudió. Sobre ella cargaron al Polo y lo llevaron hasta su casa. Alguien salió corriendo a Montejo en busca de Don Alberto, el médico, finalmente el Polo consiguió recobrar el conocimiento y sobrevivió.

Al día siguiente, todo el pueblo subió a enterrar las ovejas en una zanja grande, pues los animales que mueren a causa de un rayo no se aprovechan y tampoco otros animales se alimentan de ellos.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Horcajuelo de la Sierra.
Ilustrado por Seb (alumno del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).



Como muchos vecinos de Horcajuelo y de otros pueblos cercanos, Rufino aprovechaba las jornadas de pastoreo para recoger piedra del dinero, caolín que se utilizaba en la fabricación de porcelana.

Llevaba consigo una lata de cinco kilos y, cuando la llenaba, la vaciaba en un saco. Cuando el saco alcanzaba los treinta o cuarenta kilos y ya no podía cargarlo más, lo llevaba hasta la choza, donde iba acumulando las sacas. En un solo día podía recoger cerca de cien kilos de piedra.

A veces era él mismo quien transportaba dos cargas en la burra o en la yegua hasta Montejo, donde Eladio y sus hermanas la compraban en la tienda que regentaban, a una peseta el kilo. En otras ocasiones, su padre y el Polo bajaban con un carro cargado con hasta mil kilos de piedra.

Con frecuencia, el dinero que obtenían de la venta servía para saldar lo que habían dejado fiado en la tienda.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Horcajuelo de la Sierra.
Ilustrado por Aymane (alumno del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).


Pese
tas

En La Hiruela abundaban los árboles frutales: había cerezos, nogales, perales y manzanos. De estos últimos existían numerosas variedades: manzanas rojas, maíllas, barquillas, peros reales y peros de Aragón.

Los peros de La Hiruela eran especialmente apreciados. El padre de José cargaba las seras de la caballería con peros y los llevaba hasta Segovia, donde los intercambiaba por trigo o garbanzos. Juana explica que su abuelo Eduardo, junto con el señor Jorge, el señor Bernardo y el señor Juan, viajaban también con la fruta. Solían ir primero hasta San Agustín de Guadalix, donde pasaban la noche; a la mañana siguiente partían hacia Madrid, vendían los peros en la plaza de la Cebada y regresaban de nuevo a San Agustín para pernoctar. Al día siguiente emprendían el camino de vuelta a La Hiruela.

Se decía incluso que desde la propia Casa Real compraban peros de La Hiruela.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en La Hiruela.
Ilustrado por Lara (alumna del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés) y Neli (Colectivo La Veta).

se decía que desde

la propia

CASA REAL

compraban peros de

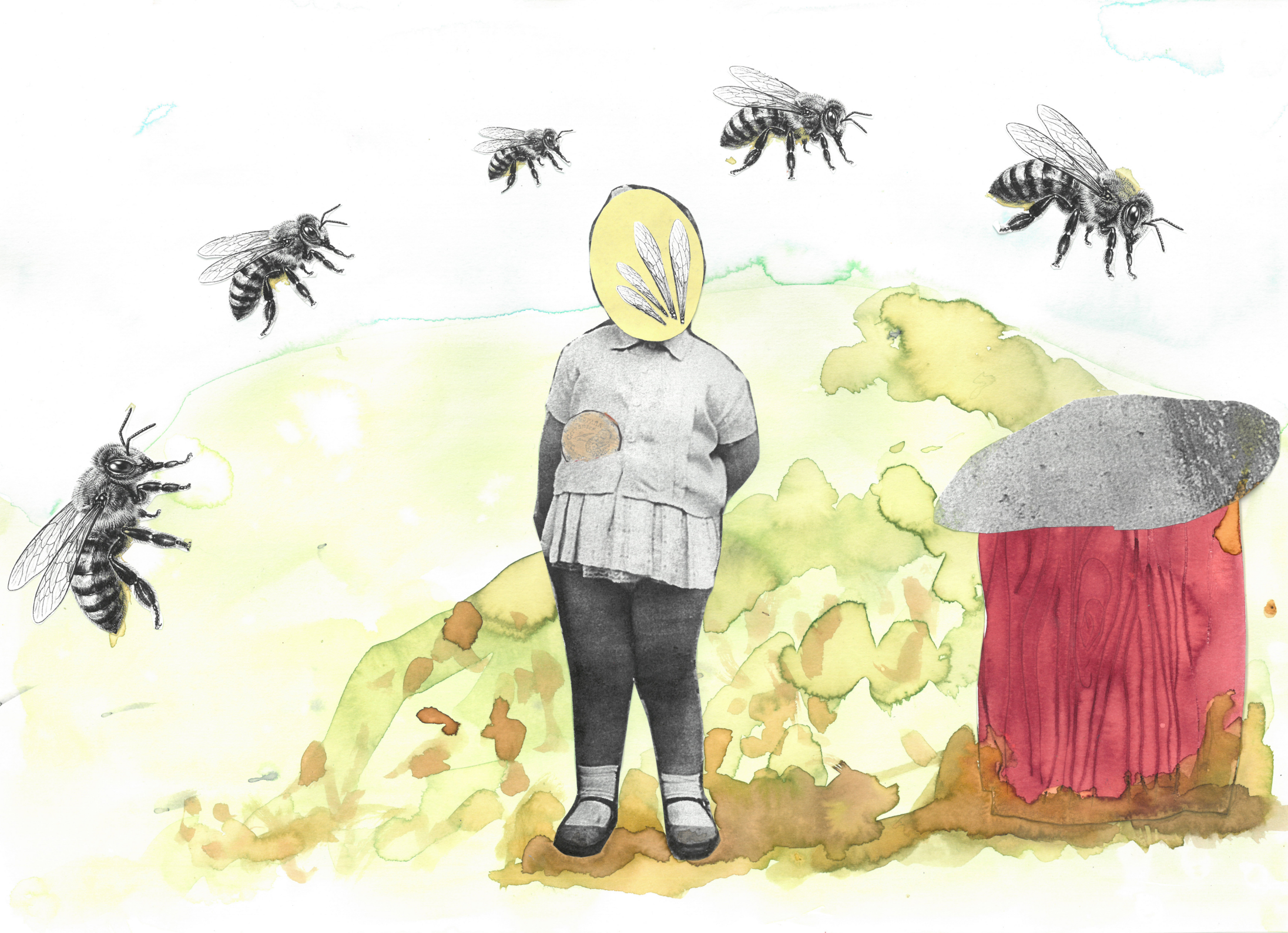
la hiruela



Nieves tenía alrededor de quince años y un día estando de pastora, junto con otras pastoras y pastores, decidieron ir a las colmenas de la zona de La Nava a robar algo de miel. El plan parecía apetecible, pues entonces poca gente podía comer miel; Nieves ni siquiera la había probado.

Recuerda que eran colmenas de las antiguas, de las que se hacían con un tronco de árbol vaciado y se tapaban con una losa. Las destaparon y sacaron los panales; como estaba lloviendo, las abejas se quedaron tranquilas y no les atacaron. Pero después a Nieves le dio una vomitona tal que no ha vuelto a probar la miel en su vida, y todos los implicados en el hurto fueron convocados al corral del tío Miguelón y, como multa por la fechoría, tuvieron que pagar treinta pesetas por cada vez. ¡Algunos habían llegado a ir dos veces!

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Madarcos.
Ilustrado por Darío (alumno del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés) y Sofía (Colectivo La Veta).



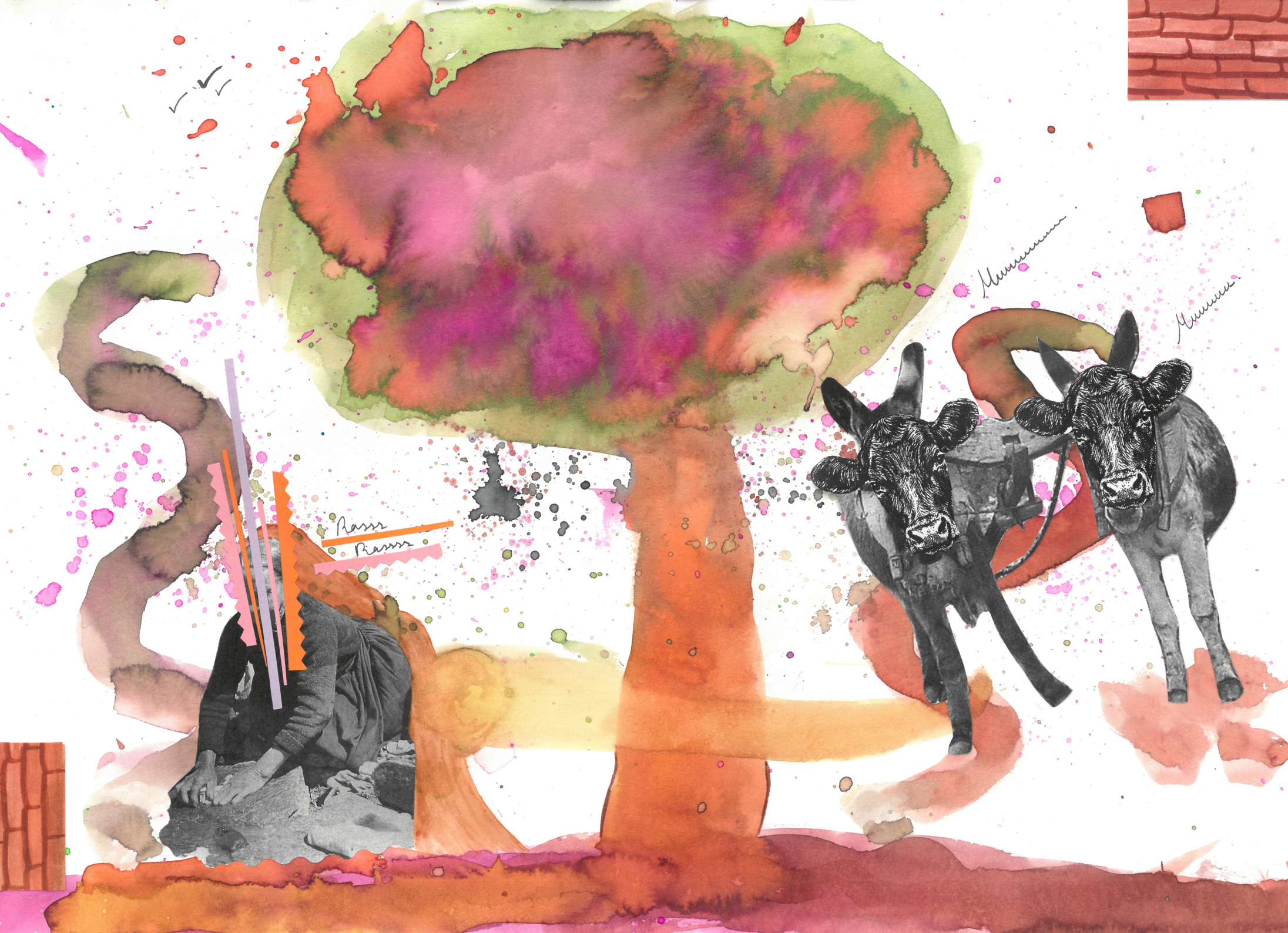
El mayo se cortaba el día de Pascua, cuando terminaba la Semana Santa, es decir, el lunes siguiente. El cura y los mozos iban a la Dehesa y elegían el árbol que les parecía más recto, más alto y que no resultara excesivamente pesado. Una vez cortado le quitaban buena parte de la corteza.

Para el día 1 de mayo lo llevaban al pueblo y lo plantaban en la plaza. Lo traían desde la Dehesa con dos yuntas de vacas.

En la plaza abrían un hoyo para colocarlo. Para levantarlo, lo tumbaban en el suelo y, con unos mozos empujando desde abajo y otros ayudando desde la parte alta de la plaza, lo iban moviendo hasta encajarlo en el agujero y dejarlo erguido.

Antes de plantarlo, lo pelaban bien y lo untaban con sebo y jabón. En la parte más alta colocaban unas botellas y un jamón, que servían de premio para quien lograra trepar hasta arriba. Quienes lo intentaban se ponían pantalones o un mono viejo y se llenaban los bolsillos de tierra con la que se embadurnaban las manos para tener mejor agarre. Cuando uno se cansaba, bajaba y otro se ponía la misma ropa y probaba suerte. A medida que iban pasando los participantes y el tronco iba perdiendo grasa y resultaba cada vez más fácil subir.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en La Hiruela.
Ilustrado por Aya (alumna del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés) y Zoya (Colectivo La Veta).


Rasss
Rasss

Los mozos y las mozas hacían baile algunas tardes y noches al son de las guitarras en un edificio cercano a la plaza; en aquella época no había aún luz eléctrica y cada día le tocaba a una moza poner el candil para iluminar la estancia.

Una noche en la que le tocaba a Nieves poner el candil, los mozos se acercaron a su casa a pedirlo; la madre se lo dio, pero no permitió que Nieves fuera al baile. Nieves se quedó desconsolada, llorando en la cama; le parecía injusto perderse aquella diversión después de haber pasado el día entero trabajando.

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Madarcos.
Ilustrado por Aran (alumno del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).



El lunes de Pascua, después de toda la Semana Santa, los jóvenes de Prádena iban a merendar al campo; llevaban varias cosas de comer, pero la más singular eran los hornazos, un pan hecho en sus propias casas que estaba cocido con trozos de chorizo, tocino, morcilla o jamón dentro.

Cada año, según el tercio que estuviera sembrado, iban a merendar a una zona u otra. En todo caso, cuando llegaban al lugar sacaban los hornazos de las cestas, colocándolos sobre una manta que extendían en el suelo, y comían, bailaban jotas y jugaban. Uno de los juegos a los que jugaban consistía en tratar de pillarse unos a otros saltando la reguera. Cuenta Chon que el año que llegó a Prádena la persiguieron, pero no la pillaron; gracias a eso se libró de que la tirasen al pilón. Juan recuerda que aquel día era cuando «entraban por mozos» los chavales de 15 años; aquel día los mozos mayores les hacían besar las tenazas en cruz y pagar algunas pesetas.

Texto elaborado a partir de testimonios recogidos en Prádena del Rincón.
Ilustrado por Luna (alumna del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).



«Ya se van los pastores
a la Extremadura,
se queda la sierra
triste y oscura».

En Prádena y otros pueblos de la Sierra resonaba esta canción en el mes de octubre, cuando hombres y mozos marchaban con los rebaños de ovejas hacia tierras más templadas y con pasto abundante durante el invierno.

Juan tenía diecisiete años cuando empezó a marchar con las ovejas de su familia; recuerda que en una ocasión caminaron hasta veinticuatro días para ir a la zona del Puente de Alcántara, en Cáceres. Aunque no siempre iban hasta Extremadura; a veces iban a Ciudad Real e incluso al sur de Madrid, según dónde hubieran alquilado la finca para pasar el invierno.

Fueran donde fueran, lo habitual era que pasaran la noche a la intemperie; sólo se resguardaban en un chozo si llovía. Dormían a la intemperie para poder cuidar mejor del rebaño y, junto con los perros, protegerlo de los lobos. A pesar de los esfuerzos de los pastores por proteger al atajo, algunas veces uno de los lobos distraía al perro mientras otro cogía una oveja; a esta emboscada la conocían como «la lobá».

Texto elaborado a partir de los testimonios recogidos en Prádena del Rincón.
Ilustrado por Rayan (alumno del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).



PALABRAS PARA JUGAR

Canciones, adivinanzas y trabalenguas.

Canción para jugar a la comba

Recogida en Puebla de la Sierra

El cocherito, leré,

me dijo anoche, leré,

que si quería, leré,

montar en coche, leré.

Y yo le dije, leré,

con gran salero, leré,

no quiero coche, leré,

que me mareo, leré.

El nombre de María,

que cinco letras tiene:

la M, la A, la R, la I, la A,

María.

Y algo para relatar mientras muy fuerte a la cuerda das...

Recogido en Puebla de la Sierra

Pan, vino, jamón y tocino

y una copa de aguardiente.

¡Fuerte, fuerte, fuerte!

Canción para jugar al corro

Recogida en Puebla de la Sierra

Al levantar una lancha,
una jardinera había,
regando sus lindas flores
y al momento le decía.

Jardinera, jardinera
tú que entras al jardín,
de las flores que tú tienes,
dime cuál es la mejor.

La mejor es una rosa
que se viste del color
del color que se le antoja
y verde tiene la hoja.
Y verde tiene la hoja.

Tres hojitas tiene verdes
y las demás encarnadas
y a ti te escojo capullo
por ser la más resalada.



Adivinanzas

Recogidas en Puebla de la Sierra

En el campo me crié atada con verdes lazos y aquel que llora por mi me está partiendo en pedazos.
(La cebolla)

Va al prado y no come, va al río y no bebe, cantando va, cantando viene y con cantar se mantiene.
(El cencerro)

El rey Alí, con su perro Can, fueron a tomar el té, a la ciudad que le digo a usted.
(Alicante)

Entre dos peñitas blancas sale una flor amarilla que se la puede comer hasta el rey de castilla.
(El huevo)

En blanco español nací, en verde me cultivaron y tanta ha sido mi desdicha que amarillo me he quedado.
(El limón)

Trabalenguas

Recogido en Montejo de la Sierra

El cielo está entrincarabintrinculado,

¿quién lo desentrincarabintrinculará?

El desentrincarabintrinculador que lo desentricule,

buen desentricarabintrinculador será.

HISTORIAS PARA CONTAR

Cuentos, leyendas y romances.

Cuento de La zorra y el alcarabo

Recogido en Puebla de la Sierra

Iba la zorra caminando y se encontró al alcarabó, que estaba comiendo en el suelo.
Llegó la zorra, atrapó al alcarabó y se lo llevó colina arriba con intención de comérselo.

Cuando estaban en lo alto de la colina, el alcarabó le dijo a la zorra que su último deseo era que ella dijera: «Alcarabí comí».
La zorra accedió y, cuando abrió la boca para pronunciar aquellas palabras, el alcarabó se marchó diciendo:
—¡A otro bobo, pero no a mí!

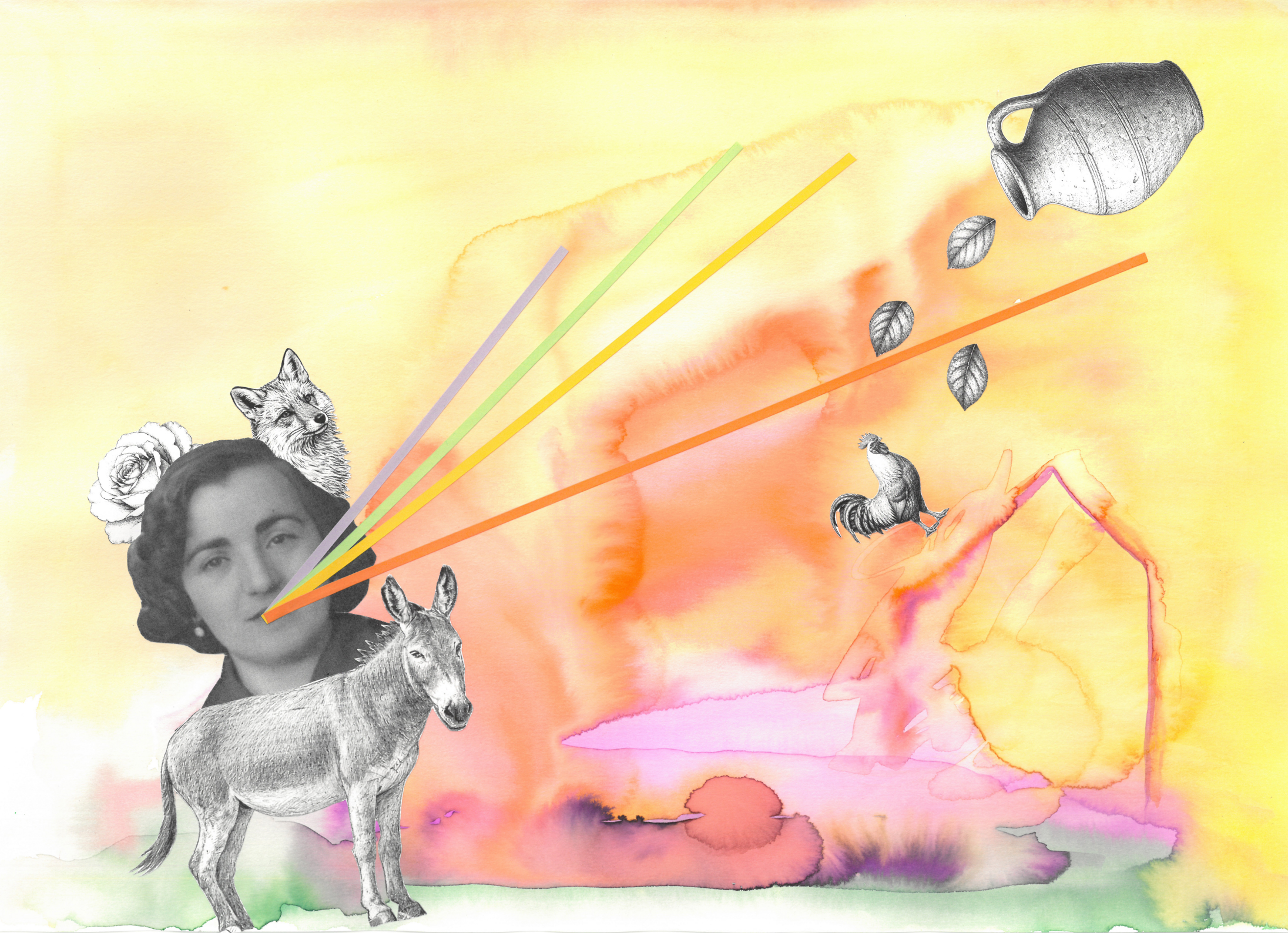
Cuento de Los animales músicos

Recogido en Puebla de la Sierra

Había un burro que era muy mayor y su amo ya no le quería, así que se fue.
Iba el burro caminando y se encontró con un perro que también iba solo. Entonces le preguntó:
—¿Qué haces aquí?
A lo que el perro contestó que ya era viejo y que su amo tampoco le quería. Entonces el burro le dijo que podía irse con él si quería.
Ambos siguieron andando y, al poco tiempo, se encontraron con un gato, que también se les unió. Los tres siguieron andando, andando y andando, hasta que se encontraron con un gallo.

Los cuatro siguieron caminando hasta llegar a una casa. Se acercaron a ella, se asomaron por la ventana y vieron mucha comida. Como no podían entrar, pensaron en espantar a quienes estaban dentro, que parecían ladrones.

Así, el burro empezó a rebuznar, el perro a ladrar, el gato a maullar y el gallo a cantar. Los ladrones se asustaron, salieron corriendo y los animales se quedaron con toda la comida para ellos.



Leyendas de La Puebla de la Mujer Muerta

Recogida en Puebla de la Sierra

Hay dos leyendas que explican el origen del nombre La Puebla de la Mujer Muerta, con el que este pueblo fue conocido hasta hace unos años y que aún hoy utilizan muchas de las personas mayores de los pueblos de alrededor.

Una de ellas dice que el pueblo recibió ese nombre porque, durante las guerras carlistas, mataron a la mujer de un capitán. La otra cuenta que una mujer de alguno de los pueblos de la zona de El Cardoso tenía una oveja extraviada en La Puebla. Desde allí le enviaron un recado avisándole de que el animal se encontraba en el pueblo.

La mujer fue a buscarla, pero aquel era un día invernal muy malo, muy malo, muy malo, de esos de aguaviento en los que parece que se acaba el mundo. Recogió la oveja y emprendió el camino de regreso a su pueblo, desoyendo a las gentes de La Puebla, que le aconsejaron quedarse allí aquella noche y regresar al día siguiente.

Dicen que, al llegar a lo alto, en el collado de las Palomas, la mujer tuvo que guarecerse debajo de una peña. A la mañana siguiente la encontraron muerta.

Algunas personas decían que la versión de la mujer del capitán era la verdadera y que incluso existían documentos en el ayuntamiento que la corroboraban.

Leyenda de La culebra que mamaba

Recogida en Montejo de la Sierra

Cuentan que en el pueblo vivía una mujer que acababa de tener un bebé y lo amamantaba. Según la leyenda, por las noches, mientras ella dormía, una culebra se acercaba sigilosamente a la cama y mamaba de su pecho. Para evitar que el niño llorara y la delatara, le introducía la cola en la boca, como si fuera un chupete.

Durante un tiempo nadie comprendía por qué el pequeño lloraba tanto y parecía quedarse con hambre. La sospecha surgió cuando decidieron esparcir ceniza en el suelo antes de acostarse. A la mañana siguiente, pudieron ver claramente el rastro sinuoso que dejaba la culebra al entrar y salir de la casa.

Así descubrieron lo que, según se decía, ocurría cada noche. Algunas personas creen que esta historia, transmitida de boca en boca y de generación en generación es real mientras otras creen que es sólo una leyenda.

Ilustrada por Bjorn (alumno del Colegio Público Ángel Gómez de Andrés).



Romance de La loba parda

Recogido en La Hiruela

Estando yo en la mi choza,
pintando la mi cayada,
las cabrillas altas iban
y la luna rebajada;
mal barruntan las ovejas,
no paran en la majada.

Vide venir siete lobos
por una oscura cañada.
Venían echando suertes
cuál entrará a la majada;
le tocó a una loba vieja,
patituerta, canis parda,
que tenía los colmillos
como punta de navaja.

Dio tres vueltas al redil
y no pudo sacar nada;
a la otra vuelta que dio,
sacó la borrega blanca,
que era hija de la churra,
nieta de la orejisana,
la que tenían mis amos
para el domingo de Pascua.

¡Aquí, mis siete cachorros,
aquí, perra trujillana,
aquí, perro de los hierros,
a correr la loba parda!

Los perros tras de la loba las uñas se
esmigajaban; siete leguas la corrieron
por unas sierras muy agrias.

Al llegar a un cotorrito
la loba ya va cansada:
Tomad, perros, la borrega,
buena y sana como estaba.
No queremos la borrega,
de tu boca enlobadada;
que queremos es tu pelleja
pa' el pastor una zamarra;
el rabo para correas,
para ponerse en sus bragas;
y las tripas para vichuelas,
para que bailen las damas.

INFORMANTES

Personas generosas que cuentan.

Prádena del Rincón

Carmen Expósito Fernández, Ascensión Cuadrado Lobo, Jose Luis González Jiménez, Miguel Ángel González García, Anastasio González Braojos y Juan García González.

Madarcos

Nieves Parrabera Martín, Restituto González Castillo, Francisca Ramos Martín, Baltasar de la Vega Moreno y Tomasa Lobo Álvarez.

Montejo de la Sierra

Encarna García Jiménez, Petra Cordero Díaz, Mª Victoria Brun Martín y Mª Juana Heras Fernández,.

Horcajuelo de la Sierra

Antonio Peinado Rodríguez, Marcelino Sanz Pérez, Celia Alvarez Martín y Rufino Álvarez Martín.

La Hiruela

Laura Martínez García, Ana Cirilo Morán, José Antonio Serrano Fonseca, Celia Martín García, Jorge Fonseca González y Juana García Bravo.

Puebla de la Sierra

Trinidad Bernal Martín.

REDES de EDUCACIÓN,
PATRIMONIO y CULTURA